

VENEZUELA: UNA SOCIEDAD INVERTEBRADA

Aníbal Romero

Profesor Titular

Universidad Simón Bolívar, Caracas

(Ponencia presentada en la reunión del CAEI-CPPF, Quito, 6-7 octubre 2001)

Se me ha solicitado analizar los factores de debilidad institucional, tales como la crisis de representatividad de los partidos y otras instituciones democráticas, así como el escenario político actual y las perspectivas que se abren para Venezuela. En tal sentido, conviene tener presente que la elección de Hugo Chávez como Presidente de la República, en diciembre de 1998, marcó el final simbólico de cuatro décadas durante las cuales Venezuela vivió en democracia. Ciertamente, el sistema político inaugurado en 1958 caminó por un sendero complejo y en ocasiones tumultuoso, y las grandezas y miserias de su desarrollo han sido ampliamente discutidas. Para nuestros efectos inmediatos, tres puntos merecen destacarse: En primer lugar, y a diferencia de otros países latinoamericanos, el sistema político venezolano jamás experimentó los rigores de la hiperinflación o de programas de ajuste fondomonetaristas llevados a sus consecuencias extremas. La economía venezolana fue y sigue siendo una economía centrada en el petróleo y relativamente aislada de las corrientes predominantes en el resto de la región. En segundo lugar, y en buena medida como consecuencia del impacto del petróleo en la sociedad, la mayoría de los venezolanos está convencida de que el país es inmensamente rico, y espera del gobierno la rápida y eficaz satisfacción de sus muy infladas expectativas a través de la redistribución del flujo financiero derivado del factor petrolero. En tercer lugar, los golpes de Estado de 1992, uno de ellos comandado por Hugo Chávez, fracasaron militarmente. La eventual conversión de este fracaso militar en victoria política se debió en buena medida a la división entre las elites dirigentes de la democracia, al agotamiento de los partidos —que se habían convertido en meras maquinarias clientelares—, al desprestigio de los líderes tradicionales, y en general a la incapacidad de esa dirigencia para asumir el desafío de decir la verdad a los venezolanos, de combatir los mitos predominantes en nuestra

sociedad rentista, de luchar contra la corrupción y hacer cambios verdaderos en una dirección modernizadora.

El suicidio de las élites tradicionales abrió las puertas a Hugo Chávez. Este ex-militar golpista, luego de salir de la cárcel en 1995, comenzó una campaña a favor de la abstención electoral. No obstante, las circunstancias del país —la evidencia del masivo rechazo popular hacia los partidos y sus figuras políticas— le convencieron sobre las posibles ventajas de asumir el camino legal-electoral para alcanzar el poder. Los numerosos testimonios existentes acerca de las ideas y concepciones de Chávez en esos tiempos (1995-1998) revelan una personalidad mesiánica, formada en los marcos ideológicos de la izquierda latinoamericana de los sesenta y setenta, convencido sobre la necesidad de llevar a cabo una “revolución” en Venezuela, pero carente de un programa coherente y de una visión clara acerca del rumbo a seguir, una vez en el poder. Su triunfo electoral en 1998 fue el producto, por una parte, del cansancio popular, de la decepción del electorado con respecto a los resultados del período democrático, y de la ausencia de liderazgos alternativos. Por otra parte, Chávez fue capaz de transmitir un mensaje atractivo, mesiánico y providencialista, arremetiendo contra las llamadas (por él mismo) “cúpulas podridas” de los partidos tradicionales y canalizando el resentimiento popular. Su programa —si es que puede dársele el título— ofreció en síntesis enterrar ese pasado e iniciar una “revolución”, la “revolución bolivariana”, a través de una Asamblea Constituyente.

La Constitución aprobada en marzo del 2000 sólo puede ser resumida con dificultades, en vista de la mezcla informe de ideas, tendencias y aspiraciones que encarna. Sin embargo, puede decirse que se trata en esencia de un texto presidencialista y centralista, que otorga especiales privilegios a los militares. Las normas sobre ampliación de la democracia y creación de una “democracia participativa” se han visto, en la realidad, limitadas por una práctica abusiva y arbitraria del poder del gobierno, concentrado este último de manera

creciente en la figura del Presidente, y sustentado fundamentalmente en el apoyo militar al régimen. De hecho, Venezuela vive en un “limbo” jurídico, pues el gobierno —a pesar de haber aprobado una Constitución— insiste en la provisionalidad del derecho vigente, lo cual, desde luego, implica un panorama de absoluta incertidumbre para instituciones y ciudadanía por igual.

La retórica radical de Chávez se ha orientado en dos direcciones: En el ambiente interno, ha procurado alentar las tensiones sociales, denunciando a los “oligarcas” y estimulando el odio entre pobres y ricos. En cuanto a la política exterior, Chávez ha convertido a Venezuela en el principal socio comercial de la Cuba castrista, ha apoyado a la guerrilla colombiana, y se ha acercado a los regímenes anti-norteamericanos en el Medio Oriente, a China y Rusia, promoviendo la “multipolaridad” dentro de un esquema ideológico obviamente adverso a Washington. Estas posturas generaron serios temores, sobre todo en el interior de Venezuela, durante los dos primeros años de gobierno chavista; sin embargo, y a pesar de todos los desplantes y amenazas, la brecha entre la retórica revolucionaria y la realidad práctica es todavía muy grande. Chávez ha descubierto numerosos obstáculos y limitaciones en su sendero “revolucionario”, y el principal entre ellos no es otro que el rechazo popular a cualquier experimento siquiera lejanamente similar al cubano u otro por el estilo. Los venezolanos aspiran que el sistema rentista-populista funcione como una vez lo hizo, redistribuyendo una riqueza petrolera que muchos creen infinita, mediante la acción de un gobierno paternal y eficiente. No desean una “revolución”. Tampoco quieren los venezolanos controversias con Washington, y el rechazo hacia Castro y sus ejecutorias en Cuba es generalizado.

De manera que el programa “revolucionario” está plagado de equívocos y contradicciones. Por un lado, Chávez ha intentado comportarse como si, en verdad, estuviese liderizando una revolución, y en ocasiones ha pretendido que la misma se proyecte a nivel regional; por otro lado, el pueblo espera resultados concretos en materia de aumento en su calidad de vida, creación de empleos,

mejores salarios, multiplicación y mejoría de los servicios públicos, y reducción de la pobreza y delincuencia que azotan al país. Después de más de dos años de gestión, la carencia de resultados concretos en estos ámbitos ha empezado a erosionar la popularidad de que antes disfrutó Hugo Chávez. Los sectores más pudientes y gran parte de la clase media rompieron de modo decisivo con Chávez y su gobierno hace rato, y la polarización ha escindido la sociedad venezolana al menos desde mediados de 1999. Ahora bien, encuestas recientes indican, por primera vez desde que Chávez asumió el poder, un clima predominante de pesimismo. En treinta meses, la aceptación de Chávez ha pasado de 80% a 51%, y el respaldo a la gestión del gobierno se ha reducido en 23% entre septiembre del 2000 y agosto del 2001. También por vez primera (encuesta de Consultores 21, agosto 2001), el gobierno cae por debajo del 50% en cuanto a su desempeño en solucionar los problemas del país; cada día que pasa la gente responsabiliza más a Chávez por lo que ocurre. Además, se deteriora el respaldo a su partido (MVR) así como al resto de las organizaciones políticas, y aumenta el número de los que se declaran “independientes” (es decir, sin filiación política alguna).

Desafortunadamente para Venezuela, la oposición democrática no ha sido todavía capaz de consolidar una alternativa hacia adelante. El panorama actual de nuestra sociedad presenta un resquebrajamiento sustancial de todas las instituciones, con la excepción de los medios de comunicación y la Iglesia Católica, así como de los liderazgos civiles tradicionales, sin que hayan surgido aun otros de significación. Los partidos de siempre, en particular Acción Democrática y Copei, se han deteriorado casi hasta desaparecer (en el caso de los demócrata-cristianos), y solamente la Fuerza Armada Nacional mantiene un grado importante de solidez y cohesión institucional, pese a crecientes tensiones internas suscitadas por la polémica en torno a su papel dentro del “proyecto revolucionario”.

En tales circunstancias, los escenarios políticos para Venezuela se presentan con grandes sombras y presagian tormentas. Chávez no ha hecho una “revolución”, pero tampoco ha logrado concentrar sus energías en una obra de gobierno “normal”, por decirlo de algún modo. El creciente rechazo a su gestión, la hostilidad profunda y radical hacia su persona y su gobierno por parte de los sectores medios, técnicos y profesionales en general, así como de gran parte del empresariado privado, y las controversias que genera una política exterior que busca alianzas con los enemigos de Washington a la vez que, de manera contradictoria, intenta preservar la buena voluntad del coloso del norte, todo esto —repito— está dando forma a un contexto político caracterizado por un creciente vacío y una casi intolerable incertidumbre. Dada esta situación, estamos presenciando una creciente militarización del gobierno, patentizada en el gran número de oficiales—sobre todo del Ejército—, tanto activos como retirados, ahora dedicados a cumplir tareas en la administración pública. Varios Ministros, Vice-ministros, Embajadores, así como los jefes de las principales industrias del Estado (la industria petrolera y las empresas de la zona de Guayana) son militares. El sector castrense, además, ha aumentado sus posiciones de privilegio en el conjunto de la sociedad, tanto en lo concerniente a su remuneración como en cuanto a la calidad de los servicios financieros, de vivienda, y otros, puestos a su disposición.

La carencia de solidez intelectual del proyecto “revolucionario”, los obstáculos que el contexto internacional vigente impone a los radicalismos ideológicos, la desorganización de su partido político, la generalizada incompetencia del gobierno, y el gradual deterioro de su imagen están conduciendo a Hugo Chávez a apoyarse cada día más en la Fuerza Armada como pilar de sustentación de su mando. La pérdida de popularidad en el plano interno, y el endurecimiento de la línea de Washington hacia regímenes percibidos como hostiles, podrían tentar a Chávez a radicalizarse, lo cual posiblemente tendría serias repercusiones negativas en la cúpula militar. En caso de escoger una línea de moderación en adelante, Chávez va a enfrentar,

sin embargo, una intensificación de las tendencias adversas ya presentes hacia su imagen personal y la de su gobierno. En tal caso, es razonable prever que el rumbo de tutelaje militar sobre la política y la sociedad venezolanas se agudice en los próximos tiempos, con o sin Chávez a la cabeza. Ello dependerá de su prudencia en cuanto a las relaciones con Estados Unidos, de su capacidad para no atizar aun más los conflictos internos, y para evitar que la insatisfacción popular se traduzca en protestas masivas.

En todo caso, y en vista de que las próximas elecciones todavía se encuentran a cuatro o cinco años de distancia, la tarea de la oposición democrática es construir una alternativa válida frente a Chávez. Se están haciendo esfuerzos, pero los resultados son aun precarios y poco alentadores. Sobre todo, no pareciera que el pueblo venezolano esté experimentando un proceso de aprendizaje creador estos tiempos, y no sería sorprendente que el fracaso de Chávez, un fracaso que a todas luces se avecina, conduzca eventualmente a los sectores mayoritarios a perseguir otro espejismo mesiánico, otra ilusión óptica en la cual depositar un cúmulo de renovadas frustraciones.